

Palabras inaugurales

por EMILIO LLEDÓ

La Sección de Barcelona de la Sociedad Española de Estudios Clásicos inicia hoy su segundo Simposio. Los temas son el siglo iv griego y el siglo ii latino. En el extenso campo de estas dos épocas, y en un ejemplo muy helénico de colaboración intelectual, profesores y alumnos han elaborado, en equipo, una serie de ponencias y comunicaciones, para hablarnos a través de ellas, y confirmar una vez más que la historia es *κτῆμα εἰς ἀεί*.

Los trabajos que se van a exponer en el Simposio tratan de arte, de literatura, de filosofía, de lengua, de ciencias, de formas económicas y sociales, etc. Porque, por lo visto, ha habido un mundo cultural en el que se solidificaron estos sistemas conceptuales, estos restos arqueológicos. Y ese mundo, por los intrincados caminos de la tradición, ha llegado hasta hoy, nos habla, nos enseña, nos orienta. Y nosotros, como parte de esa tradición, no sólo aceptamos la herencia, sino que hacemos de ella el objeto de nuestro estudio, de nuestras predilecciones e incluso constituimos, así, el fundamento de nuestra vida intelectual, y el eje de nuestra vocación. Porque esta herencia, entre cuyos bienes destaca el diálogo, la creación en común de un contenido teórico, dialoga también con nosotros, y con una intensidad tal que ha mediatizado nuestros esquemas culturales, nuestro ámbito filosófico, nuestra propia lengua.

Yo no quisiera, sin embargo, en el acto de apertura de nuestro Simposio, moverme en los tópicos al uso sobre el mundo clásico; tópicos espléndidos, por otra parte, lugares verdaderos de nuestra cultura. Más bien pretendo hacer filosóficamente *ἐποχή* de ellos, y pensar, de hecho, si tiene hoy sentido, no sólo el afirmar nuestro parentesco, el reconocer nuestras raíces, sino el seguirlas abonando y cultivando, con más esmero aún de lo que hasta ahora hemos hecho.

Creo que sería un olvido injustificable el que en un momento de crisis, de auténtico peligro para la cultura clásica, cuando parece que se pone realmente en duda el contenido y valor de estos saberes, aquí en este apacible retiro de Villanueva y Geltrú, junto al mar cuyos bordes alimentaron esa cultura, formásemos una especie de comunidad pitagórica, de iniciados anacrónicos y utópicos. Y junto a este mar vivo, en el lecho mismo de la cultura antigua, nos ocupásemos de estos temas que tenemos entre manos, como una secta de devotos, encerrados en la torre de marfil de su propia y exquisita melancolía.

Permitidme que traiga ante vosotros un recuerdo personal de mis años de estudiante de filosofía y filología clásica en Heidelberg. En los seminarios de Regenbogen o de Dirlmeier, surgía de cuando en cuando, entre las discusiones en torno a una *lectio facillior*, o a un pasaje de Sófocles, la cuestión de "Wir Philologen", del sentido de nuestro saber, y Regenbogen recordaba a sus maes-

tros Wilamowitz y Diels, y añoraba aquellos años de esplendor, de popularidad de los estudios clásicos en Alemania. Sin embargo, en aquellas bibliotecas prodigiosas, entre aquellas revistas, ediciones, *Jahrbücher*, *Sitzungsberichte*, y bajo la muralla firme del Pauly-Wissowa, nos sentíamos protegidos. Por eso, cuando en la Revista de la Universidad, o en otras publicaciones, allá por los años 50, algún latinista o helenista hablaba del peligro que corrían las lenguas y cultura clásicas, de que había que defender nuestra civilización de no sé qué desintegraciones, yo creía que exageraban, que expresaban los temores de una cierta burguesía intelectual, al ver que se les escapaba de las manos el tesoro que durante siglos habían poseído, controlado y aderezado, casi exclusivamente. Pensaba, también, que en estas lamentaciones aparecía, una vez más, el narcisismo de quienes habían sido durante un siglo las figuras destacadas de la Universidad e incluso de la sociedad. Esta idea mía se fundaba, sobre todo, en experiencias muy concretas, en experiencias de base, como por ejemplo: el prestigio de los Gimnasios clásicos alemanes, donde frente a los restantes tipos de Institutos (Realschule, Neuesprachliches Gymnasium, etc.), predomina la enseñanza del griego y del latín, y donde es tradicional que se formen alumnos que después van a estudiar, por ejemplo, física atómica, medicina o economía. En largas sesiones de Seminario, me he sentado al lado de estudiantes recién salidos de esos gimnasios clásicos, que eran capaces de hacer composiciones en griego, al estilo de Jenofonte o Tucídides, traduciendo artículos de la prensa alemana.

Pensaba, en consecuencia, que mientras se diera esta base firme, para cultivar, renovar o revolucionar los estudios clásicos, mientras existiesen estos Gimnasios humanistas mimados por los ministerios, a pesar de todas las políticas educativas, mientras en Francia, Inglaterra e Italia se publicasen esas colecciones de revistas de clásicos que todos conocemos, y hubiese cátedras de latín y griego en los Liceos y en la Scuola, sería difícil pensar que el mundo clásico se ausentase definitivamente.

Pero al tiempo que cobraba estas seguridades, sobre las que podía apoyarse la cultura clásica, sentía ya entonces un cierto anquilosamiento, y no sólo en Alemania, en el planteamiento y solución de los problemas del mundo antiguo. Es verdad que se publican monografías solidísimas, trabajos documentados y brillantes, muestras espléndidas de la mejor tradición. Sin embargo, parece como si, en parte, se echase de menos un nuevo aliento, una nueva metodología, frente a las que destacar y enriquecer nuestra visión sobre el pasado. Sólo en los últimos años ha empezado a percibirse una profunda renovación en la temática y en el enfoque de algunos trabajos, que empiezan a hablarnos de una nueva generación de investigadores y de una nueva lectura del mundo clásico.

Pero el peligro más grave para el futuro de la cultura griega y latina, lo veo más bien en nuestro país, porque, entre otras razones, no hemos revisado como debiéramos nuestros presupuestos pedagógicos y científicos. Hemos aceptado, muchas veces, que la enseñanza del latín y del griego tuviera no sé qué extrañas contaminaciones semánticas imperialistas y triunfalistas que, en algún momento, podía confundirse con una especie de tiranía cultural. Sería triste que una parte de la posible impopularidad de las letras clásicas, entre amplios sectores de los sufridos televidentes nacionales, tuviese su origen en alguna de estas contaminaciones; y sería verdaderamente lamentable que la cultura que se ha solidificado sobre el horizonte de la historia, dejando, sobre todo, el ejemplo de una intensa lucha por la libertad y la razón, desapareciese en un mo-

mento en que más necesitados estamos de fundamentos y de horizontes. Pero además, en nuestro país, ha tenido lugar uno de los fenómenos más interesantes de nuestra sociología cultural. A pesar de la ausencia de tradición, ha aparecido en los últimos decenios, con el grupo de filólogos clásicos españoles, según se reconoce unánimemente, la aportación más sorprendente y valiosa que han producido las letras españolas de la postguerra. Efectivamente, sin planes de desarrollo, ni negociaciones, estos estudiosos españoles, se han incorporado como miembros plenos al mercado común de la ciencia internacional.

Pero dejando a un lado los problemas concretos que tal vez pudieran discutirse en otra ocasión, convendría reflexionar serenamente sobre el hecho incontrovertible de esta crisis, sobre la justificación y vitalidad del saber a que nos dedicamos en el marco de nuestro mundo, y en el ritmo de la historia de nuestros días.

El intelectual, si verdaderamente lo es, tiene que hacerse conciencia crítica en el seno de su tiempo. En consecuencia, debemos procurar entender algunas de las razones sobre las que se sustenta esta crisis, y atrevernos a formular escuetamente la famosa pregunta de Rilke: "Wozu Dichter in dürftiger Zeit"?, para qué poetas, para qué filólogos, para qué estudios clásicos en tiempo menesteroso?

Uno de los tópicos culturales más utilizados en la actualidad, se condensa en torno al tema de la muerte del hombre, de la muerte de la historia. Desde el positivismo más o menos lógico, hasta la tecnología y el llamado estructuralismo cultural, se insiste en el lastre que pesa sobre nosotros, con la idea del humanismo, de la historia, de los esquemas teóricos del pasado. El mundo del presente exige de los hombres una mirada nueva, un abandono de los viejos saberes, una preparación adecuada para rendir al máximo en la nueva era científica y técnica. En un libro de moda, tan brillante como sofisticado, en *Las palabras y las cosas* de M. Foucault, se lee lo siguiente: "En nuestros días... el hombre está en vías de desaparecer... el hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con facilidad la arqueología de nuestro pensamiento. Y quizá también su próximo fin. Si las disposiciones que, en el siglo xviii, crearon la visión del hombre hasta hoy mismo desaparecieran, si por cualquier acontecimiento cuya posibilidad podemos cuando mucho presentir, pero cuya forma y promesa no conocemos aún, oscilara, como lo hizo a finales del siglo xviii, el suelo del pensamiento clásico, entonces podría apostarse a que el hombre se borraría, como se borra en los límites del mar un rostro de arena".

No dejan de tener cierto poder retórico estas expresiones ni, incluso, de poseer verdad las críticas que se han hecho a esa concepción del humanismo que llenaba de orgullo a nuestros antepasados o a alguno de nuestros contemporáneos. Bellas imágenes del hombre, de su bondad, de su destino, de la educación, de la bondad de la justicia, mientras la realidad, el mundo histórico arrastraba injusticias, hambre y violencia. Efectivamente, una de las características de nuestra civilización occidental ha sido la contradicción entre las proposiciones de un idealismo humanista y la triste realidad de una continuada historia de ambiciones, de crímenes, de hipocresías y de guerras. Podía incluso pensarse que esas perfumadas y relucientes doctrinas estaban allí para enajenar la conciencia, para que mientras nos entreteníamos con la contemplación de estas especulaciones, discutiéndolas, apartásemos los ojos de lo que realmente hacían aquellos que nos habían hablado de ellas. Pero parece, sin embargo, que también se

oculta una trampa en estos apóstoles de lo pragmático, de lo actual, de la técnica, en estos predicadores de la muerte del hombre y de la historia. En primer lugar, porque no es fácil entender qué quieren decir estas proposiciones. Sobre todo, porque si las afirmamos, ya no nos sería posible afirmar proposición alguna. Pero además, porque una cosa es intentar demostrar los equívocos de un pseudo-humanismo, y otra muy distinta sostener la imposibilidad de que los momentos más fecundos de la cultura clásica, la lección impresionante de la historia, no puedan servir de correctivo y crítica en el nuevo mundo de la informática o de la deformática que parece ser el del futuro.

Interpretando, pues, una parte de la bibliografía y procurando no desoír el latido del tiempo, parece que se trata de prepararnos para la época que se avecina. Esta preparación se sustenta en supuestos tales como que no podemos vivir en el mundo del futuro, por un exceso de historia y tradición y que, por tanto, hay que tener valor para desprenderse de la vieja piel, y producir nuevos saberes, nuevos aprendizajes, con los que vestimos y acomodarnos a otros climas, a otras aventuras humanas.

El argumento no deja de tener cierto interés; sobre todo, si su planteamiento se presenta con una teoría del pasado en el que éste no es más que un largo y venerable desfile de fantasmas, de restos maltrechos, que nos piden ya la jubilación definitiva. Pero no parece que esto sea así. Más bien, como un argumento global contra todas estas objeciones, podría sostenerse que tanto la interpretación de la historia en general, como la del humanismo clásico, necesitan una revisión radical de sus fundamentos, pero, en manera alguna, una deshonrosa jubilación. Una tarea, pues, del presente y hacia el futuro es la nueva lectura de nuestra tradición, el incorporar a ese pasado, para descifrarlo totalmente, las lecciones del presente en que nos hallamos, en borrar nuestras incertidumbres con la seguridad de unas formas de vida que el tiempo solidificó ya, que pueden constituir para nosotros ejemplares experiencias, y que se presentan fundamentalmente bajo la forma de lenguaje y de comunicación humana. Pero en este punto parece que estamos empezando a utilizar parte de los argumentos usuales en defensa del humanismo clásico. No se trata de justificar el sentido de unos estudios que, indudablemente, poseen una extraordinaria riqueza de experiencias y un valor singular; sino sencillamente de encontrar un hueco en el presente, en las exigencias y necesidades de nuestros días, dentro del cual puedan insertarse activa y fecundamente.

Nuestro presente individual es, radicalmente, lo que fue nuestro pasado. En este presente actúa incesantemente nuestra historia personal, con sus errores y aciertos y sobre todo, con el recuerdo de lo que hemos sido, y que nos ha hecho llegar a lo que somos. El individuo sin memoria no puede sostenerse en el presente, sino que se hunde necesariamente en un estadio prehumano, enajenado e indistinto. La memoria es la mano que nos aprieta contra el presente, que nos levanta al nivel de cada tiempo, de cada instante de conciencia. Pero no sólo, como el fundamento firme, sino como la voz que nos transmite en cada instante la responsabilidad de nuestros actos.

De la misma manera, la historia de un pueblo no es más que la ampliación de esa conciencia individual a conciencia colectiva. Sin ella, no podríamos aprovechar nuestro presente, porque ni siquiera sabríamos que lo era. De aquí el engaño que reside en esas diversas formas de glosar en la actualidad el tema de "la muerte de la historia". Esta muerte, si efectivamente pudiese ocurrir, se-

ría la muerte de la propia responsabilidad, individual o colectiva. Ahora sí que podríamos comprender algo de lo que se oculta en estos slogans característicos de nuestra situación, que nos insisten en vivir al hilo del presente, sin miedo a que lo que hagamos en él nos acuse desde el pasado, donde se guarda todo lo positivo, pero también todas las injusticias, todas las violencias.

Si la nueva técnica, si el espíritu de nuestro tiempo sólo se sustenta sobre el presente, es que ya se ha llevado a cabo, en él, la más solapada manipulación de las conciencias que lo integran. Porque no hay presente, ni técnica, ni nuevos saberes, si no se levantan sobre la columna firme, contradictoria y viva del pasado.

En ese pasado, el mundo clásico es uno de los modelos más perfectos, en el que contemplar muchos de los problemas de nuestro tiempo, y su estudio provoca una actitud crítica y creadora, irreconciliable ya con cualquier dogmatismo, con cualquier alienación. El saber que brota de nuestro contacto con el mundo clásico es un saber que nos libera. Tal vez por eso se pretenda convertir hoy el saber, en una lista de informaciones prácticas que nos esclavicen.

“Cuando más emprende la vida el camino de la comunicación — dice un sociólogo contemporáneo —, cuanto más nos invade el tráfigo tecnológico, cuanto más cerca se arriman los hombres, cuanto más hablan o, más bien, hablan por ellos, tanto más mudos se vuelven.”

Y de lo que se trata es de nuestra mudez, de nuestro silencio. La desaparición de los estudios clásicos, hace perfectamente el juego a ese esquema general dentro del que se decreta la sustitución de la dialéctica histórica, por la razón formal: la del auténtico humanismo por la tecnocracia.

No va a ser fácil construir el futuro, porque ese futuro sólo presentará una faz humana, si sabemos incorporar a él todas las lecciones del pasado; las que sabemos, y las que aún nos quedan por aprender.

En la última página de un libro sobre las vilezas cometidas por los hombres en la última guerra se reproducen unos versos de Eluard: “El día que olvidemos todo esto, pereceremos”. Efectivamente, el día en que ya no podamos dialogar con nuestro pasado, interpretarlo y corregir, desde él, nuestro presente, ya no seremos hombres.